

Felipe Massiani

# Recuerdo y ejercicio de Gabriela Mistral

EL APRENDIZ DE ESCRITOR



N el mes de mayo de 1935 un desconocido escritor y universitario confiaba fervorosamente al correo un pequeño cuaderno de adiestramiento emocional y literario, su primer libro. El destinatario era un glorioso nombre de mujer: Gabriela Mistral. Pasaron meses y cuando—palabra!—se había olvidado del envío llegó una breve generosa carta que aquél leyó con las manos trémulas (Todos conocemos la emoción del aprendiz de escritor). En unas cuantas, apretadas líneas, la Mistral, con su calor acostumbrado, estimulaba al prosista bisono a seguir adelante, a luchar en la niebla de la anonimia y en el jadeo silencioso del aprendizaje.

Después fué en New York. En el invierno de 1938 una noche—bien fría por cierto—Jorge Mañach a la salida de clase nos advirtió: «Gabriela Mistral está aquí por pocos días». Otro amigo de la escritora chilena facilitó la entrevista. Tomamos un subway y fuimos a parar a casa de la vieja dama sureña que albergaba a Gabriela Mistral. Charlamos largo. La vimos a nuestro antojo atrincherados en la poltronita virginiana de la dueña. Tiene, si mal no recordamos, una ancha cabeza muy de por estas

tierras, muy americana de Chile, de Venezuela o de México, hasta con su pequeña sabrosa sazón, de aire indio araucano. Un noble rostro labrado por la vida y por el combate interior la voz grave, henchida de una cordialidad serena tras la que suena suave por tiempos la tristeza contenida. Así nos supo y así nos gustó Gabriela vista, sentida cercana. No hubo decepción alguna, como con mucha gente a la que la proximidad desvanece. Le recordamos sus «recados» y el afecto con que contaba en mi tierra (¿Cuántos lectores la sentían pariente?). Habló ella, estupenda coincidencia, de otro de nuestros grandes afectos: Don Miguel de Unamuno. (¡Qué exquisito espectáculo coloquial: Unamuno en labios de Gabriela Mistral!). Se refirió al despego socarrón que el Rector de Salamanca tenía por la pedagogía académica y preceptista. Nos hizo gustar su cazurra, substanciosa ironía, pasándonos algunas frases aforísticas del gran vasco. Estuvimos callados entonces como se suele estar cuando se admira y se quiere a un tiempo.

Pero este fué uno de los encuentros con Gabriela Mistral. El otro había sido distinto. Entre su paisaje y su gente.

#### VALPARAISO: LA CIUDAD DEL SUEÑO

Existe un rico repertorio de maneras de toparse con algo o con alguien; muchos modos de conocer. El Levante y el Mediterráneo pertenecen a la adolescencia y a Emilio Salgari. Oliver Curwood nos guió de la mano para internarnos en el misterio blanco del Canadá y presentó al paso a un bravo oficial de la Real Montada. New York fué la ciudad del cinema, e igual la encontramos al desembocar del barco en la calle 42. Y así. En cuanto a Valparaíso, el gran puerto chileno, créanlo o no, a Valparaíso le conocimos en los sueños. En la prisión de la Dictadura, supongo por el estímulo de la lectura del día, toda la noche estuvimos caminando un raro, curioso paisaje porteño con

edificios altos, un lugar en el Pacífico, del cual teníamos la certeza en el sueño era Chile.

Un día, habían pasado unos cuantos años de la vida cautiva y romántica, nos cayó en las manos un libro de Manuel Rojas. Hermosa novela. Con ella pasamos un día entero metidos en las callecitas empinadas de la ciudad del viento y en la vida de un lanchero del puerto, otro día, (la mayor parte de los nudos de la madeja se parecen), otro día fuimos a dar de veras a Valparaíso. En un barco inglés, el Reina del Pacífico, cuya carrera era ayer por los lados de Europa. Antes, había desfilado frente a nuestros ojos el costado gris y árido de Chile: Arica, Iquique, Antofagasta, cargado de historia guerrera y de heroísmo civiles, en la épica de las salitreras... En Antofagasta solicitamos vino y empanadas, y principiámos a gustar junto con el color de la costa y la atmósfera seca y fría, el sabor del Sur. Así se hacía carne el país hacia el cual se habían estirado nuestras manos, con el duermevela de los sueños. Ahora, le comenzábamos a pasar la mano sobre la piel: al fin, la realidad austral. Después vino Coquimbo, con La Serena a escasa distancia.

—Si quiere, señor, tiene tiempo de conocerla y regresar al barco.

Y Valparaíso.

Recuerdo. Toda la noche como allá en lo de la tripulación de las carabelas, estuvimos sintiendo pasar pájaros, esperando la presencia del Puerto. Y llegó en la madrugada, navegando hacia nosotros desde tierra, buscándonos con las mil luces altas de los cerros. Valparaíso.

(Nos creerán ahora si decimos que de nuestros primeros pesquisajes al llegar al país del Sur fué el de dónde, en qué punto del horizonte chileno se escondería la casita solariega de Gabriela Mistral).

## EL PAÍS DE LA SENDA INTERRUMPIDA

En Vicuña, una pequeña ciudad del Valle de Elqui, provincia de Coquimbo, nació Gabriela el 6 de abril de 1889. Infancia imaginativa, alimentada de la cruda fragancia del campo hasta los nueve años. Es el país de la senda interrumpida en la «loca geografía» de Benjamín Subercaseaux, a cuyo hermoso libro pertenece esta fina versión de aquella zona: «El Valle de Elqui es una axila», decía Gabriela Mistral, dándonos en esta imagen una visión exacta de su suavidad mojada y musgosa. Todo esto bajo un calor intenso, pero dulce como una lluvia de miel. Y así lo evoca la poesía del escritor: «todo es dulce en esta tierra de papayos, de chirimoyas y de lúcumas. Por algo esta tierra nos recuerda la tierra bíblica: las cabras como en Oriente asomaban en cada risco y en cada vuelta del camino. Ahí se quedan mirándonos con sus ojos azorados, agitando sus barbillas inquietas de sátiros. Las viñas semejan a las de Jericó, la higuera evangélica se muestra en todas partes».

El mismo Subercaseaux, sigue asistiéndonos como guía irremplazable, enseña como aquella provincia apenas presentida por el viajero venezolano en sus contornos desde la costa, es «el Norte que se quedó atrás». Minería, historia triste de desplazamientos humanos cuando Chile estiró sus fronteras hasta el Perú, después de la guerra del Pacífico. Geografía de 100.000 kilómetros entre los 27° N. y los 37° S.

## CHILE, EL MUNDO Y ELLA MISMA

—Señor, le rogamos a don Julio Saavedra Molina: señor, ¿quiere usted completar nuestra información acerca de Gabriela Mistral?

Del excelente estudio editado por la Universidad de Columbia espigamos algunos datos sugestivos.

El año de 1910 la encuentra redondeando su magisterio en cursos rápidos. En La Serena, tranquila ciudad un tanto colonial aún—¿la Mérida chilena?—del Norte, va a una escuela rural próxima a Santiago. Dos años de enseñanza secundaria marcan también el recorrido sensitivo y el amoroso contacto con la tierra chilena: Santiago, Traiguén, Antofagasta.

En ejercicio de profesora e inspectora general en la ciudad de Los Andes, relativamente en la ruta de la Argentina, obtiene la inevitable Flor Natural en un certamen poético de Santiago, con tres de sus Sonetos de la Muerte. Allí se está la maestra largo el tiempo, madurando la siembra lírica. A la vez pasan las horas en el iluminar de juveniles sensibilidades. Escribiendo, soñando con intensidad. Aquel extrañal acento de femenina pasión comienza a ser familiar e inconfundible para algunos raros críticos de fina percepción. En «Los Diez», en «Selva Lírica» son muchas las mujeres, en Santiago, en Puerto Montt, o en La Serena, que sienten aquella voz como una extraña confianza surtiendo de ellas mismas.

Gabriela, sentidora privilegiada, camina su tierra con cariño. Viaja de Punta Arenas a Temuco mestiza, en el Sur; y a Santiago en el Valle Central.

Don Pedro Aguirre Cerda, el Don Pedro a secas de los de abajo chilenos, la conoce de cerca. Le cobra amistad confortadora y leal. Ella le paga con creces haciéndole el padrino de su primer hijo, como quien dice: «Desolación».

La vida guarda asimismo compensaciones. México en plena trayectoria de superación, la invita por intermedio de ese mexicano universal José de Vasconcelos quien solicita la experiencia chilena, la finura de la Mistral para el proceso perfeccionador de la educación de México. El Instituto de las Españas, ínsula de hispanismo en el clima acogedor de Norteamérica, edita «Desolación». (Con seguridad estaba en los Estados Unidos el sabio alerta, humano y castizo cazurro, nombrado Federico de Onís). De esa época es el juicio del maestro castellano ahora recogido

en Julio Saavedra Molina. Dice Onís: «Alma tremendamente apasionada, grande en todo, después de vaciar en unas cuantas poesías el dolor de su desolación intensa ha llenado ese vacío con sus preocupaciones por la educación de los niños, la redención de los humildes y el destino de los pueblos hispánicos. Todo esto en ella no son más que otro modo del sentimiento cardinal de su poesía, su ansia insatisfecha de maternidad, que es a la vez instinto femenino y anhelo religioso de eternidad».

El viaje frecuente ha debido ser para la Mistral otra fuente de maduración interior. Las catedrales, los museos, los conservatorios; el zumo denso de una cultura pasado por el alquitaramiento de lo medioeval, de lo renacentista, por la efervescencia y el enriquecimiento del barroco; el colectivo subconsciente, saturado de las mil guerras y de las otras tantas convulsiones sociales; la vieja Europa moza de Erasmo y de Lutero, de Cervantes y Vives y Raimundo Lulio o de Descartes y Montaigne y Kant. Europa: hábiles manos veteranas, debió dar sin duda discretos, sutiles golpes sabios en la arcilla espiritual de la chilena. El trópico, desde el paquebot, la deslumbró haciéndola entrecerrar los ojos para ver en la lejanía a Chile en contraste con la llamarada de las Antillas. (A Gabriela también la ha acompañado ese sino de andar siempre con el lírico del mar). En las lecturas se advierten al lado compañeros ilustres de todas horas: algunos denúncianse en el caudal lírico o en la agradable prosa coloquial de los «Recados».

Se ha señalado la Biblia, el Dante, Tagore, y el eslavo Abuelo: Tolstoi. Y por cierto igualmente, creemos, la magnífica monja caminante, Teresa de Jesús.

#### DESOLACIÓN POR DENTRO

Melibea: el amor desgraciado, no puede sobrevivir la muerte del amado, de Calixto, y se suicida lanzándose al abismo. Muy renacentista y de todos los tiempos. En nuestra breve historia de

otro infortunio singular, la amada, la de la arrebatadora vocación de mujer y de madre, agoniza dentro de sí misma cada día, para alumbrar poesía, lenguas del sentimiento, de tan humano. Es tal vez la historia de Gabriela Mistral y el relato por dentro de *Desolación*. Está allí el amor cuando roza lo cósmico y metafísico, de puro intenso.

«Porque mi amor no es sólo esta gavilla  
reacia y fatigada de mi cuerpo,  
que tiembla entera al roce del cilicio,  
y que se me rezaga en todo vuelo.  
Es lo que está en el beso y no en el labio;  
lo que rompe la voz, y no es el pecho.  
Y es un viento de Dios que pasa hendiéndome  
el gajo de las carnes volandero».

Poesía esencial ésta, sí! De la amasada sin un solo ingrediente distraedor de su exacto destino: conmover. Poesía realizada sin embobamiento externo, libre de distracción hacia la ronda de lo mundano.

O esta lírica imprecación, en cuya soledad queda afortunadamente el lecho de Dios para no hundirse:

«En esta hora amarga como un sorbo de marea,  
Tú sosténme, Señor.  
Todo se me ha llenado de sombras el camino  
y el grito de pavor!  
¡Mira! de cuántos ojos veía abiertos sobre  
mis sendas tempraneras,  
sólo los tuyos quedan. Pero, ¡ay! se van llenando  
de un cuajo de neveras.  
Tú no esquives el rostro, tú no apagues la lámpara,  
Tú no sigas callando!»

La desesperación total de lo irreparable:

«¡Oh! ¡no! Volverlo a ver, no importa dónde,  
en remanso de cielo o en vórtice hervidor,  
bajo unas lunas plácidas o en un cárdeno horror  
¡Y ser con él todas las primaveras  
y los inviernos, en un angustiado  
nudo, en torno a su cuello ensangrentado».

Es la poesía de la obsesión. El dolor haciendo de implacable alambique, exprimiendo una estética que va dejando exánime. ¿Cómo debió de estar agotada la Mistral con este esfuerzo de pura entraña tremante?

Cuando el poeta baja el fuego central de sí mismo, sólo entonces sube de allí cayéndose casi, bajo el peso de una elocuencia humana, cuya claridad todos alcanzarán. Si esto es por eso, Gabriela llama al amado con expresiones carentes de sinonimia poética. Se dice asó como lo dice la Mistral, y no se puede sufrir, y por consiguiente decir, de otra manera. «Cal de mis huesos» le llama al amado con austero idioma primitivo y como *cidiano*; en una caricia: «dulce razón de mi jornada»; con garbo cabal: «henchido de milagro como la primavera». Lebrél tímido, defínese por fin, a sí misma bellamente.

Debe producir remordimiento a los sensibles, que aún pueden gozar en equilibrio esta lírica intimidad mistraliana, este holocausto interior, este trasmutar la pena en desgarradora confesión. Sin embargo, algún sensitivo advertido objetará, dirá no sin razón que esta poesía paradójicamente salvaba al poeta. Sí, diría lo cierto. Este drama interno, transparencia desnuda de su raíz de mujer, debió asustarla a ratos, al sentir en torno el espionaje imperceptible, los mil ojos fisgones atisbando el postigo con luz de la poseída por su demonio interior. ¡Quién sabe por qué inconfesada, secreta influencia, tiene, el residuo medieval del poblacho, sobre la poesía de la Mistral. En todo caso, Ga-



briela internó su frustrado amor, dando tumbos en sí misma—pobrecita maestra rural!—ensangrentándose las rodillas en tantos guijos que hay por allí en el alma, tropezando siempre, porque es un acento el suyo con levadura de agonía, de vértigo, de un esforzarse para evitar el total hundimiento.

Congoja de la que brota sangre... Hay poemas con los dientes crueles para el labio; mordiéndoselos para que no sepa nadie. En la aldea, sin temerle a su cerco y temiéndole, cuajó la belleza salvaje de este lirismo imprecatorio y tierno. Tal vez la censura lugareña, e inevitablemente la interna también, por más rebelde que se fuese, represaron la afluencia del sentimiento, para hacerlo más vigoroso y existencialmente espeso. Entra aquí la parte de misterio, la porción de pasmo y calofrío en la interpretación de este infierno poético... ¿En Gabriela coincide deliberadamente por sabe qué designio la desgracia con el sino del canto desgarrado? ¿Quién sabe?

Por lo demás hay mucha experiencia sobre aquello de Ludwig en su autobiografía: «Dios sabe cuándo ni por qué hace esperar a aquellos a quienes quiere bien». En arte como en mística eso es exacto. Espera, incertidumbre y cotidiana ración de agonía. Es Lawrence, el místico contrahecho, abrumado de conflictos internos, en sorda o clara, permanente crónica de sus desacuerdos con el personaje lawrenciano con el protagonista de mil máscaras humanas de las ciudades inglesas; o con los coloniales de Australia, o con los primitivos eternos, consanguíneos de los aztecas.

Seguramente de no haber ocurrido aquello, lo que más vale no mentar, ahora no estaríamos en goce de esta doncellez que pudo ser desgarrada y conservarse intacta. Resonar virginal y tierno en el acantilado del héroe lector, del desconocido gustador de todas partes de la geografía y del idioma, que aún se emboba y endemonia con este tau agudo, tan femenino grito.

Rainer María Rilke, sentenció alguna vez «Ame su soledad y soporte el dolor que le ocasione». Con seguridad por lo de Rilke

hay en Gabriela, tanto por rastrear. La Mistral en «Desolación», como Rainer María en sus «Cartas de un joven poeta», puede dar mucho a la moderna sensibilidad juvenil, capaz de inducir una filosofía poética, en aquella poética atormentada. Poesía peligrosa de mar en borrasca: maestría, con todo. Y no como cree el palurdo, o el tonto grave metido a dómine, cuyo ingenio discurre: «Hombre, con esa tempestad en el alma la poesía fluye fácil».

—No tonto, ¡no! ¡Es lo contrario!

Huxley en penetrante, gracioso ensayo, preceptiva de la exquisita, malgré lui, enseña lo difícil en mantener, en conservar el pulso capaz de la creación estética cuando al propio tiempo se está llorando de ese modo de la Mistral. Arte difícil. Lo que acaece suele ser signo seguro del nacimiento del artista genuino; del destrozado y sin embargo con la cabeza a plomo: caso mistraliano. En «La Vulgaridad en la Literatura» advierte el inteligente sabio de la novela: «Es vulgar en literatura hacer una exhibición de emociones que uno no siente naturalmente, pero que cree conveniente sentir, porque la experimentan personas de buen tono. Es también vulgar y este es el caso más corriente, sentir realmente emociones, pero expresarlas tan mal, en tantas exclamaciones excesivas que uno parezca reflejar sentimientos naturales, sino estar fabricando emociones por un procedimiento de falsificación literaria. «Concluye el británico advirtiéndole que la sinceridad en el arte es peligrosa cuestión de talento. Este, el otro costado, la otra fuerza sobre la que sostiene y luce segura la estética estremecida de la Mistral. En efecto, el lirismo de ella es escueta esencia, la de un Machado o de un Unamuno coincidentes en el castellanismo ejemplar; pero Gabriela la salvaje, la que alimenta el poema realmente con transfusiones de sangre, es a un tiempo diestra sabiduría, lúcida intuición poética.

Y recordémonos de lo familiar—presentes Unamuno y Machado—en este contacto de asedio. Toda una línea de sombras venerables acude a la asensibilidad y a la memoria, ¡ver-

dad? leyendo a la Mistral. Ella tiene la misma obscura sangre violenta y torturada que sacude el magnífico temperamento español, a través de los siglos. El genio de un pueblo que no le teme a la fantasmagoría caliente de lo real. Por cuyo afán y hambre de él, de la sangre y hueso de lo real verdadero, y de lo real fabuloso, que de todo hay en aquello, no retrocede para nombrarlo con palabra fotográfica y vibrante. Sabía de eso el Arcipreste y el autor del Corbacho y Teresa de Jesús y Cervantes y Quevedo y hoy Valle Inclán y Baroja mucho más, que la multitud de los empingorotados y orondos.

¡Ah! Pero en contacto, en íntimo diálogo con Desolación, viene con quedo paso de rumor lejano la españolísima y universal melodía de la muerte, y aquel ritmo inconfundible:

contemplando,  
cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte...